

OBSERVAR, MEDIR, COMPARAR. LA CIUDAD DE BUENOS AIRES BAJO EL LENTE ESTADÍSTICO DE FINES DEL SIGLO XIX, PRINCIPIOS DEL XX

*Claudia Daniel**

RESUMEN

Tras la federalización de Buenos Aires, el territorio de la ciudad —desde 1880 sede del poder político, económico y administrativo de la nación— se convirtió también en un espacio cognitivo común. Esta unificación fue producto de una intensa labor de recopilación y sistematización de información estadística que supuso la definición de prioridades y consensos respecto de qué y cómo medir. Por entonces, la elaboración de estadísticas oficiales, considerada una actividad científica, un arte de observación e incluso un instrumento de previsión social, era promovida como una pieza clave de la maquinaria administrativa. Este trabajo parte de la creación de una repartición especializada en la administración municipal en 1886 para recrear algunos de los rasgos salientes de esa empresa de objetivación estadística de la ciudad liderada por Alberto Martínez, miembro pleno de la comunidad estadística local decimonónica, vinculado a reparticiones y asociaciones estadísticas extranjeras.

PALABRAS CLAVE: ESTADÍSTICAS — ESTADO — CIUDAD DE BUENOS AIRES —
MODERNIDAD

INTRODUCCIÓN

Entre los pesos o medidas físicas, la medición estandarizada del tiempo y las estadísticas hay algo en común: muestran una relación específica con el

* CIS / IDES / Conicet. Correo electrónico: <claudiadaniel@gmail.com>.

Estado tanto en su origen como en las operaciones que las rodean. Durante el siglo XIX, fueron los estados los que concentraron los recursos financieros y organizacionales, así como la autoridad necesaria para llevar adelante censos demográficos e investigaciones estadísticas a gran escala. En general, los estudios históricos acerca de los procesos de conformación estatal han prestado atención a la unificación del territorio y de la moneda, a la creación de un aparato administrativo y recaudador, o a la centralización del poder de policía. Pero ese proceso de constitución del Estado fue al mismo tiempo el de establecimiento de un espacio cognitivo común, plano de análisis en el que los saberes científicos y técnicos desarrollados localmente –en conexión con un espacio transnacional de circulación de ideas– adoptan un papel singular.

Según el sociólogo Alain Desrosières (1996), la nación es producto de una construcción tanto política como cognitiva. Durante el siglo XIX, la información estadística fue uno de los medios privilegiados por los estados para representar un territorio arbitrariamente delimitado como un espacio homogéneo, de modo de constituirlo en una unidad. Dado que las marchas hacia un espacio unificado y un tiempo homogéneo resultaron complementarias, no sorprende encontrar en la Argentina al estadístico Gabriel Carrasco –jefe de la Oficina Demográfica Nacional entre 1898 y 1908– como protagonista de las discusiones previas a la unificación horaria del país que fuera decretada en 1894 (Rieznik, 2009). Se trata de una etapa intensa de generación de convenciones de equivalencia en distintos planos: en relación con las dimensiones físicas, temporales e incluso económicas y sociales de la nación argentina, que se empezaba a configurar como un espacio de medida común.

Durante el siglo XIX, la visión numérica de la naturaleza y la sociedad se volvió predominante en Occidente (Hacking, 1991). La posibilidad de contar y enumerar supone la construcción de un espacio de equivalencias en el que las personas y las cosas se igualan, se vuelvan objetos asimilables y, por tanto, sustituibles. La enumeración, agregación, sustracción, en fin, las operaciones matemáticas que los cultores de la estadística realizaban solo eran posibles sobre la equiparación de los objetos que sometían a sus cálculos, que establecían, según Desrosières (1996), la identidad de lo diferente.

Desde la perspectiva de la sociohistoria de las estadísticas, un conjunto de estudios de caso enfocados tanto a las realidades europeas como americanas han destacado el rol constitutivo de las estadísticas, en general, y de los censos, en particular, en la formación del Estado y la nación.^[1] El historia-

[1] En esta línea, pueden consultarse Curtis (2000) sobre Canadá, Anderson (1988) y Schor (2009) sobre Estados Unidos y Patriarca (1996) sobre Italia. Trabajos volcados al

dor Hernán Otero (2006) dio cuenta de la construcción simbólica de la nación argentina a través del prisma del paradigma censal decimonónico. Además de la reconstrucción histórica –en clave institucional– del proceso de formación del aparato estatal de cuantificación en la Argentina (González Bollo, 2014), otros trabajos de la historiografía local procuraron analizar las prácticas estadísticas vinculadas a la representación, la interpretación y el gobierno de áreas o problemas específicos, como la salud (Di Liscia, 2009; Daniel, 2011a) o el trabajo (González Bollo, 2004; Daniel, 2011c), entre fines del siglo XIX y la primera mitad del XX. Este trabajo aporta un aspecto nuevo a esa literatura al poner el foco en las prácticas estadísticas desarrolladas desde el aparato administrativo municipal de la ciudad de Buenos Aires entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, un ámbito escasamente abordado por la historiografía nacional.

¿Por qué estudiar la estadística porteña decimonónica? La literatura internacional ha destacado el papel de los movimientos estadísticos locales en Europa durante la “era del entusiasmo”, es decir, la etapa de ebullición y expansión de las prácticas estadísticas de la primera mitad del siglo XIX (Westergaard, 1932; Cullen, 1975). Según Lacey y Furner (1993), el inicio de la forma estadística de investigación social moderna se dio en una ciudad industrial como Manchester en la década de 1830. Además, en buena parte de las experiencias nacionales estudiadas, la conformación de un aparato de cuantificación estatal comenzó de manera descentralizada con la creación de oficinas estadísticas locales, por ejemplo, en Gran Bretaña o Francia (Desrosières, 1996). Asimismo, durante el siglo XIX, las agencias estadísticas de las grandes metrópolis modernas –Londres, París, Roma o Viena– se convirtieron en los nodos de una red transnacional de circulación de informaciones, teorías y conceptos estadísticos basada tanto en el intercambio de publicaciones como en encuentros de especialistas en congresos internacionales. Todo un circuito de divulgación de la ciencia estadística con el que el primer referente de la estadística porteña, Alberto Martínez (1858-1925), tuvo vinculación, si no como participante activo de las reuniones e instituciones del internacionalismo estadístico finisecular, al menos en tanto conoció sus resoluciones y a sus principales figuras.

En el caso argentino, las últimas décadas del siglo XIX comprenden la etapa de creación de las oficinas especializadas en estadística en el Estado (González Bollo, 2014), en el contexto de un orden político conservador

■ siglo XX son los de Hirsch (1997) para Rusia y Tooze (2001) para el caso alemán. Respecto de América Latina, se pueden ver Otero (2006) y González Bollo (2014) para la Argentina, Senra (2006) para Brasil y Estefane (2004) para el caso chileno.

apoyado en un régimen oligárquico y una economía de orientación fundamentalmente agroexportadora (Botana, 1994).^[2] El análisis de la producción estadística de la oficina municipal resulta relevante por varias razones: si la ausencia de reparticiones estadísticas en cada una de las provincias y territorios nacionales hacía que la oficina porteña se destacara como referente subnacional ante tal vacío, su cercanía con la élite política nacional –dado el estatuto de la ciudad como sede del gobierno federal y la íntima relación de la política porteña con el círculo más alto de la política nacional (De Privitellio y Romero, 2007)– contribuía a darle importancia y visibilidad pública a sus números. Asimismo, de la mano de Martínez, su director, la repartición estadística municipal supo articularse con esa red de oficinas especializadas de nivel nacional y sus conductores, lo cual mantuvo una participación activa en los circuitos de divulgación y discusión sobre la materia. Aun cuando su jurisdicción se circunscribía a los límites de la ciudad, se convirtió en un centro de gravitación de la actividad estadística nacional. Se le reconocía el desafío de retratar uno de los distritos que atravesaban transformaciones más profundas, que albergaba el mayor núcleo poblacional del país, contenía uno de los principales puertos para el comercio exterior y la cabecera del sistema ferroviario nacional, además de concentrar el gran dinamismo de la actividad bancaria, financiera y comercial, y constituir un faro de la intelectualidad nacional.

Tras convertirse en sede del poder político, económico y administrativo en 1880, la ciudad de Buenos Aires pasó a ser objeto de una construcción estadística de la que resultó cierta definición particular de su fisonomía y de su vida social; es decir, la estadística, más que fotografiar esa ciudad, la modelizó. En el contexto de un régimen administrativo municipal poco estable, resultado del carácter ambiguo del estatuto político de la ciudad,^[3]

[2] Se trata de un conjunto de oficinas creadas en el último cuarto del siglo XIX y ubicadas a nivel nacional en distintos ministerios, que emprendieron la tarea de generar y acumular datos estadísticos: la Dirección General de Estadística Nacional –en el Ministerio de Hacienda–, la Dirección de Economía Rural y Estadística y la Dirección General de Comercio e Industria –ambas del Ministerio de Agricultura–, la Oficina Demográfica Nacional y el Departamento General de Inmigración –en el Ministerio del Interior.

[3] Como destaca el historiador Luciano de Privitellio (2003), la situación particular de la ciudad de Buenos Aires con su federalización era que como distrito electoral elegía a sus propios diputados y senadores nacionales, equiparándose a cualquier provincia, pero en términos de su propio gobierno no era más que un municipio sujeto a la autoridad del presidente y del Congreso de la Nación; la elección del intendente recaía en el primero, con acuerdo del Senado. Dada su debilidad institucional, en la etapa que analizamos fueron repetidas las intervenciones del Poder Ejecutivo y las normalizaciones del distrito que impli-

la oficina de estadística aportó, con un lenguaje propio, representaciones de la ciudad capital que circularon tanto dentro como fuera del país.

Recostado sobre las vertientes constructivistas de los estudios de la ciencia, este artículo tiene como propósito describir algunas de las concepciones que modularon la generación de conocimientos cuantitativos desde la oficina de estadística municipal y las representaciones que produjo, teniendo en cuenta su carácter de actividad “semicientífica, semiadministrativa”, las condiciones políticas e institucionales de producción y los factores que favorecieron o condicionaron el proceso (Brian, 1999: 20).

En primer lugar, el texto reconstruye históricamente algunos aspectos considerados claves de la evolución de la agencia de estadística municipal, sin pretender evaluar sus capacidades administrativas o su grado de fortaleza institucional, sino para mostrar las condiciones político-institucionales en las que la empresa de objetivación estadística de la ciudad tuvo lugar. Luego, apoyado en el corpus documental conformado por la “literatura estadística” (Patriarca, 1996) publicada por la municipalidad, el texto analiza algunas de las concepciones vertebrales del pensamiento estadístico local, los supuestos subyacentes al acto de medición y el modo en que ciertas ideas entonces predominantes cristalizaron en la estadística porteña.^[4] Finalmente, se ocupa de los aportes de la estadística decimonónica a la construcción simbólica de esa ciudad moderna, emblema de la nación en su conjunto.

UNA AGENCIA ESTADÍSTICA PARA EL GOBIERNO MUNICIPAL

Como parte del impulso racionalizador de la administración municipal promovido por el intendente Torcuato de Alvear (1883-1887) –cuya administración quedaría en la historia como el arquetipo de una gestión modernizadora y reformista (Gorelik, 1998)–, se firmaba en 1886 el decreto de creación del servicio estadístico de la ciudad de Buenos Aires. Respaldado por el Concejo Deliberante, esta nueva agencia burocrática fue denomina-

■ caban, en general, la disolución de su órgano legislativo electivo, el Concejo Deliberante, reemplazado por comisiones de vecinos.

[4] El *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires* constituye una de las fuentes principales de nuestra investigación, junto con los boletines mensuales de la estadística municipal y las memorias institucionales de la repartición. Se trata de fuentes que, hasta el momento, han sido escasamente exploradas por los estudios de la estadística pública argentina, ya que privilegiaron los censos nacionales por sobre este tipo de publicaciones regulares.

da Oficina de Estadística Municipal y quedó en manos de Florentino J. García. Entonces, se le asignaron las tareas de compilar los datos estadísticos referentes a la vida social de la ciudad y publicarlos en un boletín mensual, pero de ella dependía también el Registro de Vecindad que se buscaba activar luego de levantarse el primer censo municipal (1887). Con esta división del trabajo, la repartición empezó a funcionar en septiembre de 1887 con un personal completamente novato en los trabajos estadísticos.

Con este diseño institucional la encontró Alberto Martínez, quien se puso al frente de los trabajos estadísticos tras la jubilación de García, a fines de 1888, cuando Guillermo Cranwell era intendente municipal, e introdujo ideas innovadoras que reimpulsaron el servicio estadístico municipal. Para acceder al puesto le alcanzó su participación como vocal de la comisión del censo de Buenos Aires de 1887 y su experiencia de colaboración con el higienista Guillermo Rawson en estudios demográficos. Por entonces, los de la estadística pública no eran cargos que suscitaran competencia, incluso no resultaba fácil para sus directores reclutar a sus empleados. Martínez no detentaba un título profesional que certificara formalmente competencias en estadística.^[5] Pero los vínculos personales generados con figuras como el estadístico Francisco Latzina, durante su intervención en la comisión censal, resultaron favorables para iniciar una carrera en la estadística pública.^[6] En el escenario de una república restrictiva (Botana, 1983), la noción dominante de que el municipio constituía un ámbito estrictamente administrativo –diferente de la esfera política donde se dirimían las cuestiones del más alto interés general, por tanto reservada a la élite política tradicional (Ternavasio, 1991)– generaba en el plano comunal oportunidades de ascenso social y participación en asuntos públicos para quienes no constituían miembros de esa élite.

Sin embargo, el interés de Martínez por estudiar las distintas facetas de la vida de la ciudad es previo a alcanzar la jefatura de la estadística municipal y quedó de manifiesto en sus participaciones en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* y la *Revista General de Administración*, y más que nada

[5] Martínez se había educado en una escuela pública del partido de San Martín, provincia de Buenos Aires, y no contaba con un título universitario (González Bollo, 2014: 46).

[6] En 1890, Martínez acompañó a Latzina en el levantamiento del censo general de Córdoba; cinco años después formó parte de la comisión a cargo del segundo censo nacional, junto con Diego de la Fuente y Gabriel Carrasco. En 1904, dirigió el segundo censo general de la ciudad de Buenos Aires y en 1909 realizó el tercero, como parte de los festejos del centenario. En 1908, participó en el segundo censo agropecuario nacional. Un año después dirigió el de educación y un censo en la provincia de Mendoza. En 1914 coronó su carrera como presidente de la comisión encargada del tercer censo nacional.

en su obra *Buenos Aires, 1580-1885*, de 1885, donde se lamentaba que Buenos Aires no contara con las publicaciones que, en forma de anuarios o registros estadísticos, difundían anualmente las principales ciudades europeas. Como jefe de la estadística municipal, él se ocuparía de llenar ese vacío.

Seis meses después de la llegada de Martínez, la repartición fue elevada por el Concejo Deliberante a Dirección General de Estadística Municipal (DGEM) –ordenanza del 31 de mayo de 1889–. Entonces, se le atribuyeron las funciones de compilar los datos sobre el clima y las condiciones higiénicas de la ciudad; llevar un monitoreo del movimiento demográfico –mediante los datos remitidos por el Registro Civil–; mantener al día el balance de las entradas y salidas de los habitantes al territorio de la capital; compilar estadísticas de las transferencias y gravámenes de la propiedad; recopilar datos sobre el movimiento de la instrucción primaria, secundaria y superior, las cifras de los crímenes, delitos y accidentes que ocurrieran en la ciudad, las de la locomoción, alimentación y asistencia pública; estudiar la marcha económica de la sociedad y producir todas las estadísticas que a juicio del director fueran convenientes para hacer conocer a la ciudad de Buenos Aires dentro y fuera del país.

Las tareas de Martínez eran de dos tipos. Por una parte, la reelaboración de registros administrativos de otras dependencias públicas del municipio en términos de fuentes estadísticas y, por otra, la producción de datos de primera mano que –a diferencia de la primera– implicaba la definición de un plan de trabajo y un presupuesto, suponía decisiones sobre los temas a indagar, la redacción de preguntas, la organización del trabajo de relevamiento e incluso precisar la estructura de la obra de publicación de resultados. Cada tipo de operación imponía desafíos particulares a la labor del estadístico gubernamental. La tarea de recopilación y seguimiento de los registros de las reparticiones estatales exigía el mantenimiento de relaciones intraburocráticas que, en una etapa de un Estado en construcción, no se encontraban aceitadas, sino que generaban tensiones y contratiempos.^[7] La negativa de brindar informaciones por parte de los directivos de otras reparticiones de la administración municipal retardaba o incluso paralizaba los

[7] En este aspecto, la ciudad parecía una réplica a escala menor de las dificultades que se padecían a nivel nacional. La oficina nacional de estadística, entonces dirigida por Francisco Latzina, acumulaba tensiones con otras dependencias del mismo Ministerio de Hacienda. Por ejemplo, Latzina se enfrentó en diversas ocasiones con los agentes de la Aduana por los retrasos, errores o omisiones en los datos enviados. Otro tipo de dificultades se sumaban en los operativos de relevamiento de información, sobre todo de carácter nacional, como la alta dispersión de la población, los bajos niveles generales de instrucción y la cantidad de comunidades extranjeras residentes en el país.

trabajos de la agencia estadística.^[8] Ello demuestra lo escasamente arraigado que se encontraban en la administración pública estas prácticas de registro y codificación, bases de la estadística. Las tensiones generadas en un nivel puramente administrativo convivieron con otras de carácter político más amplio. La intendencia municipal porteña constituía, en términos jurídicos, una delegación del poder nacional. La débil autonomía institucional hacía que la administración local no fuera totalmente ajena a los conflictos intraélite o a las disputas de fracciones oligárquicas. Se dieron en esta etapa enfrentamientos entre el intendente y el Concejo Deliberante e intervenciones del Poder Ejecutivo Nacional en el legislativo comunal en varias ocasiones: 1885-1891, 1901-1908 y 1915-1916 (De Luca, Jones y Tula, 2004).

Por otra parte, las dificultades que se presentaban en los operativos de relevamiento de datos en el terreno eran de índole diferente. Allí, las reticencias podían provenir también de los particulares, empresarios o comerciantes, reacios a dejarse indagar por el Estado.^[9] Por eso, apenas puesto a cargo de la agencia estadística, Martínez planteó la necesidad de que las declaraciones estadísticas tuvieran carácter obligatorio, requisito básico para que la oficina cumpliera en tiempo y forma con sus objetivos. Entonces, exigió al Concejo Deliberante la sanción de una ordenanza que impusiera la obligación, dentro de la administración pública y para los establecimientos o empresas de propiedad particular, de la declaración de los datos que la oficina de estadística solicitara. Con la ordenanza de 1889 que la jerarquizó como dirección, la repartición también logró que los empleados municipales, así como los establecimientos públicos y las empresas privadas, fueran formalmente obligados a suministrar los datos de carácter público que se les demandaba (arts. 7° y 9°).^[10] Esa atribución colocaba a la DGEM en una posi-

[8] Una de estas situaciones fue comentada anecdóticamente por Martínez en su obra, *La estadística en la República Argentina. Su pasado, su presente y mejoras de que es susceptible en el porvenir*. Allí cuenta que un obstinado jefe de Policía, aunque autorizado por el ministro del Interior, se negó a entregarle los datos para que él pudiera completar el movimiento policial y criminal de la ciudad que procuraba publicar en el anuario (Martínez, 1891b: 75).

[9] Respecto de las respuestas que generaban las indagaciones estadísticas en los distintos sectores de la población, véase Daniel y González Bollo (2010).

[10] Con la sanción de la obligatoriedad de responder a los pedidos de información, la DGEM se adelantaba a su par nacional. El Departamento Nacional de Estadística del Ministerio de Hacienda no contaba aún con una legislación específica que lo reglamentara y que estableciera las bases de su autonomía. Pero la oficina estadística de la provincia de Buenos Aires disponía desde 1888 de medios coercitivos para obtener información (Martínez, 1891b: 44).

ción difícil dentro de un régimen municipal poco estable, en el que los conflictos internos a la administración municipal y las tensiones entre el poder municipal y el poder nacional respecto de sus áreas de competencia eran visibles y se manifestaron, por ejemplo, en la inestabilidad política del cargo de intendente municipal que dependía del presidente.^[11]

Sin embargo, la autonomía administrativa de la DGEM se mostró en los hechos limitada. En primer lugar, porque los directivos de las reparticiones públicas continuaron desoyendo sus demandas de información. Martínez se vio obligado a insistir que: “[...] es necesario ante todo, inculcar en las reparticiones públicas y en las particulares el deber estadístico, haciendo comprender a unas y a otras que en todo país culto la estadística tiene exigencias e impone obligaciones, de las que no pueden prescindir” (Martínez, 1891a: 220).

En segundo lugar, la oficina estadística dependía financieramente del poder político para cumplir con su objetivo de realizar censos cada diez años, como fuera sancionado en 1889.^[12] Su independencia se mostró relativa incluso en la definición de las materias objeto de las indagatorias oficiales; primero, porque debía ajustarse a cómo estaban armados los registros de otras dependencias municipales; segundo, dado que en el censo, bajo dirección del jefe de estadística municipal, otras reparticiones públicas lograron hacer valer sus intereses cognoscitivos. Ciertas preguntas censales respondieron a demandas colocadas por otras áreas administrativas del Estado. En el censo de 1904, las cuestiones relacionadas con el grado de instrucción de la población y la asistencia a la escuela fueron solicitadas por el Consejo Nacional de Educación. Otra pregunta sobre la aplicación de una vacuna fue incorporada a pedido del Departamento Nacional de Higiene, que velaba por el cumplimiento de ley nacional que había declarado obligatoria la vacunación y revacunación antivariólica.

[11] Concluido el mandato de Torcuato de Alvear en 1887, durante los siguientes doce años se sucedieron nueve intendentes de los cuales solo dos terminaron su mandato de dos años, en un marco de inestabilidad política, crisis financiera y penuria presupuestaria (Gorelik, 1998: 139). Otros pasaron por el cargo apenas algunos meses.

[12] Pese a que la ordenanza de 1889 indicaba en su artículo 5° que la DGEM debía levantar un censo general de edificios, población, comercio e industrias decenalmente, pasaron 17 años entre el primer (1887) y el segundo censo municipal (1904). La imposibilidad de cumplir con esta norma puede interpretarse como expresión de una relativa capacidad administrativa de la oficina estadística municipal, pero es importante tener en cuenta que se correspondía con la parálisis en que se encontraba también la actualización del censo de población a nivel nacional, frenado por impedimentos de tipo político. Al respecto, véase González Bollo (2010).

En 1889, la DGEM padeció su primer ajuste, acechada por la crisis financiera que atravesaba la administración pública en general y que era parte de un cuadro de desequilibrio económico e incertidumbre política más amplio que atravesaba el país. Durante la administración del intendente Francisco Seeber, se estableció que, por economía, la publicación del boletín estadístico adoptara una regularidad trimestral –en vez de mensual– y se suprimió del presupuesto la partida destinada a la publicación del *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires*.^[13]

Durante los primeros años de su gestión, Martínez amplió el campo de las investigaciones estadísticas, introdujo cambios en las fichas de registro de datos, modificó las materias incluidas en el boletín de estadística municipal, así como en la presentación de sus cuadros, tomando los trabajos de Latzina como modelo. De su mano, la oficina logró ampliar el canje de publicaciones con agencias estadísticas de Europa y América que había establecido García, su antecesor, a partir del pedido que le hiciera el Ministerio de Relaciones Exteriores para distribuir el boletín en las oficinas de informaciones de las principales ciudades europeas.^[14] Superada la crisis financiera de 1890, la impresión del boletín volvió a ser mensual y la tirada se acercó a los 1.500 ejemplares. Una partida más reducida –de alrededor de 700 ejemplares– se editaba en francés. La traducción de las publicaciones a otros idiomas cobraba sentido porque las obras estadísticas se habían convertido en un medio de propaganda externa para la atracción de inmigrantes y capitales al país (Otero, 2006). La obra del censo municipal de 1887, por ejemplo, apareció en francés, tan solo dos años más tarde de ser publicada. De 1895 en adelante, también el *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires* fue editado en español y en francés. A fines del siglo XIX, la administración municipal se enorgullecía de que fuera el primero de una ciudad publicado en Sudamérica. Estas obras circulaban en ámbitos gubernamentales –gobiernos extranjeros, embajadas o consulados, oficinas de estadística de otros países– y en instituciones estadísticas internacionales o revistas especializadas. Sus ediciones traducidas mediaban en la generación de nexos entre la oficina municipal y autoridades estadísticas del extranjero, hombres eminentes y asociaciones estadísticas de las principales ciudades de Europa. Según Martínez, la crítica extranjera había alagado con

[13] El primer número del *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires* fue publicado en 1892 –correspondía al año 1891–, una vez estabilizadas las finanzas públicas.

[14] Entonces, este esfuerzo se había justificado en que las estadísticas “revela[n] mejor que cualquier otra el desarrollo progresivo de esta Capital, en todo lo que se refiere al servicio y acrecentamiento del municipio” (García, 1888: 554).

ímpetu las publicaciones de la oficina a su cargo: “el Boletín de Buenos Aires es, después del de París, el más completo de cuantos se editan en el día” (1895: 53).

Una mirada al índice de los 19 anuarios que Martínez publicó con regularidad entre 1892 y 1913 da cuenta de la amplitud de temáticas abarcadas: desde el registro de observaciones climatológicas a las estadísticas demográficas; desde la incidencia de enfermedades infectocontagiosas al consumo de alimentos y agua; desde el movimiento de los *tramways* y ferrocarriles o la compra de propiedad inmueble a los trabajos de la asistencia pública; desde las condiciones de habitación a la estadística electoral; desde el movimiento del correo, los telégrafos y teléfonos a las estadísticas de delitos, suicidios y accidentes; desde la cantidad de alumnos matriculados en la instrucción pública o los concurrentes a los espectáculos teatrales y las carreras a las finanzas municipales.

Las recopilaciones estadísticas estaban organizadas bajo la supervisión de Martínez sobre la base de una estructura simple y reducida en personal.^[15] A su entender, esa estructura burocrática lograba realizar “sus tareas y conquista[ba] sus progresos, de una manera lenta y silenciosa” (Martínez, 1895: 53). Su plantel se mantuvo alrededor de los diez empleados de 1890 en adelante.^[16] Martínez no perdía la oportunidad de destacar en sus memorias que la repartición funcionaba con personal escaso y mal remunerado (Martínez, 1894).

Dados los constantes cambios de las autoridades municipales, quienes tenían la atribución de designar al jefe de estadística con acuerdo del Concejo Deliberante, la continuidad de Martínez en su cargo por más de 35 años es un hecho destacable. Recordemos que, desde el momento de creación de la DGEM, la política porteña se mostró convulsionada: la ciudad albergaba fracciones de la élite opositoras a quienes controlaban los resortes de la sucesión presidencial.^[17] En ese mismo escenario urbano se empezaron a destacar agrupaciones cuestionadoras del régimen político y, con el cambio de siglo, la ciudad se convirtió en un espacio de competencia electoral más abierta, donde eran desafiadas las redes clientelares de la élite tradicional y donde tomó impulso el reformismo político (Botana, 1983).

[15] El organigrama estaba encabezado por una dirección general, luego los directores de sección, los oficiales y los ordenanzas. Este esquema se mantuvo inalterado hasta 1913.

[16] Una mirada comparativa puede ser útil para dimensionar el tamaño de la DGEM. Para mediados de la década de 1890, tanto la repartición nacional con 22 empleados como el servicio estadístico de la provincia de Buenos Aires con 23 la duplicaban en tamaño.

[17] Para profundizar en la escena política porteña, véase Botana (1983).

Estos movimientos no afectaron, sin embargo, la estabilidad del director de un reducto estatal pensado más como una función técnica que política. El hecho de haberse desempeñado como subsecretario del Ministerio de Hacienda en varias ocasiones –en las presidencias de Luis Sáenz Peña (1892-1895), José E. Uriburu (1895-1898) y Julio A. Roca (1898-1904)– coloca a Martínez cerca y conectado con la élite política nacional (González Bollo, 2014: 103). Sin embargo, Martínez se mostró crítico de la cultura política imperante, a la que consideraba demasiado aferrada al clientelismo y a la “empleomanía” –costumbre que generaba a su entender una burocracia “excesiva”–,^[18] y desconfió de la clase política por sus manejos de las finanzas públicas (Martínez, 1916: 258).

¿QUÉ SIGNIFICA MEDIR? DISTINTAS CONCEPCIONES PARA UNA MISMA PRÁCTICA

El impulso de las actividades estadísticas a fines del siglo XIX implicó, en paralelo, la divulgación de ciertas formas de entender la estadística de parte de sus cultores, quienes supieron describirla como un arte, una herramienta administrativa o un instrumento técnico de medición. Se trata de concepciones que convivieron en el imaginario estadístico decimonónico y que le daban a esta práctica de producción de conocimientos sobre la economía y la sociedad versatilidad y posibilidades de adaptación a muy diferentes contextos –políticos, administrativos, científicos.

Por un lado, los estadísticos locales aludían a su trabajo como un “arte de observación de las masas humanas” (Latzina, 1916: 498). Esta metáfora resultaba heredera de una tradición: la de los impulsores del movimiento estadístico europeo de la primera mitad del siglo XIX, quienes en iniciativas voluntarias y particulares recolectaban evidencias cuantitativas de distintos hechos sociales para volverlos objeto de un examen riguroso. Sin contar con una estructura administrativa como la de los estadísticos del Estado y sin recursos para desplegar grandes censos o encuestas como sus sucesores, ejercieron el rol de “buen observador”, según lo caracterizó el historiador Eric Brian (1999), auxiliando en la tarea de académicos y contribuyendo al progreso de las ciencias. Por tanto, la alusión a un arte que hacían los estadígrafos locales tenía que ver con el ejercicio de ese ojo examinador capaz de hacer resaltar un fenómeno de carácter colectivo al construir su generalidad.

[18] Con el término “empleomanía” se refería al crecimiento de los empleados públicos en la administración nacional (Municipalidad de la Capital, 1895: LX).

Dicha acción requería de cierto adiestramiento en la mirada e incluía la interpretación de los fenómenos que las estadísticas volvían pasibles de observación, dado que colocaban las acciones y comportamientos individuales a escala social. Las estadísticas se consideraban evidencias de los hechos a analizar: “cualquier dato estadístico es la expresión [sic] numérica de un hecho social” (Galarce, 1886: 6).

En otras ocasiones, sus cultores locales se referían a la estadística como una herramienta auxiliar de las ciencias —físicas, naturales y sociales—, pero también de la administración. Esta concepción se desprende, por ejemplo, de los objetivos perseguidos por los estadísticos oficiales en los censos. A través de ellos, los especialistas procuraban brindar a los hombres de ciencia bases sólidas de estudio, y a los hombres de gobierno recursos para resolver los problemas de orden social, económico o político que suponía la administración tanto de la ciudad como de la nación. Regía aquí la idea de que la estadística aportaba el conocimiento profundo de la población a gobernar sobre el que la acción pública debía fundarse. Acorde a las funciones que alcanzó a desarrollar en la administración pública, Martínez entendía que la misión del estadígrafo era la de asesorar al político, al legislador y al estadista. Su labor trascendía el mero recuento: se trataba de poner a disposición de la élite conductora del Estado las lecciones que las estadísticas podían aportar para alcanzar los fines de progreso social. Tal es así que Martínez elevaba la estadística a “una rama de las más importantes de la administración” (Martínez, 1894: 78).

En tercer lugar, la estadística era concebida como un instrumento técnico de medición no solo de las características “observables” de una población, sino de sus cualidades abstractas, como el grado de moralidad o el estado de salubridad de la sociedad. Las cifras del crimen y el delito que Martínez compilaba y publicaba en sus boletines eran equiparadas a índices capaces de revelar el estado moral de la sociedad porteña.^[19] La estadística también solía aparecer como un instrumento de medida del grado de bienestar o el nivel de prosperidad que disfrutaba esa sociedad. En este sentido, Martínez definía a la estadística como aquella “que investiga el estado de un país para conocer el grado de progreso o decadencia que ha alcanzado” (1894: 78). Números como la cantidad de defunciones o de propietarios en la ciudad se calibraban como indicadores precisos del bienestar de la población porteña (Martínez, 1910, t. I: LV y t. II: X).

Asimismo, la estadística era presentada como un instrumento de previsión social. Para Martínez, conocer a través de los números era una forma

[19] Un análisis más específico sobre este aspecto se encuentra en Daniel (2011b).

de avizorar el futuro de la sociedad; la estadística resultaba un instrumento anticipatorio del porvenir. Dado que la observación de regularidades numéricas se identificaba con la constatación de leyes inexorables que trazaban el destino, tanto del individuo como del conjunto social, bajo “una ley matemática, fatal, que ha de cumplirse”, estudiar la situación presente de la metrópoli era, desde la óptica de Martínez, una forma de conocer también cuál sería su futuro (Municipalidad de la Capital, 1894: xviii).^[20] Al articular esta concepción con la noción de la estadística como herramienta auxiliar de la administración, la estadística aparecía en palabras de Martínez como la base de apoyo de “la mano previsora de los poderes públicos” (1916: 161).

Según Martínez, el desarrollo y la complementación de las estadísticas estáticas –censo– y dinámicas –anuarios– permitirían acceder al “inventario completo de los órganos, de las funciones y de la vida de este complejo cuerpo social” que constituía para él la ciudad (Municipalidad de la Capital, 1904: xi). En su identificación con el inventario, la tarea estadística quedaba asimilada a un trabajo doméstico, pero a otra escala: la de la administración de la gran ciudad. Esta noción de inventario se ajustaba al modelo de régimen municipal imperante, definido por la élite política nacional, que asignaba como funciones “naturales” del gobierno municipal cuestiones meramente administrativas o domésticas, dado que entendía al municipio como un ente apolítico (Ternavasio, 1991).^[21] Así como el jefe de familia con la economía del hogar, o el buen comerciante en su negocio, el censo constituía una forma de inventariar: catalogar, clasificar y cuantificar las fuentes de riqueza, los brazos disponibles para el mercado, los ciudadanos sanos para el trabajo o en edad de armarse en defensa del Estado (Martínez, 1905: xxxviii). Este inventario debía ser lo más exhaustivo posible, antes que estar supeditado a estimaciones susceptibles a error; de allí la insistencia de los estadísticos en la realización de operativos censales.^[22]

[20] Durante buena parte del siglo xix, se discutió si las leyes que la estadística “revelaba” eran o no inexorables como las de la física. Para algunos, la noción de ley estadística fundaba un destino social irrevocable para el individuo, un individuo cuyo comportamiento se veía determinado por un mundo matemáticamente ordenado. A esto se lo denominó “fatalismo estadístico”. Para profundizar, véase Hacking (1991).

[21] Al gobierno municipal le correspondían tareas tales como la provisión de los servicios públicos –agua corriente; alumbrado, limpieza y desinfección; salud; transporte–, la organización del tránsito, el trazado de calles, la conservación de parques, paseos y plazas o la planificación urbana, no así la administración de justicia, el control del puerto ni el poder de policía, atribuciones reservadas al gobierno federal.

[22] Hasta el censo demográfico de 1887, la ciudad contaba con estimaciones de su población que habían realizado los doctores Guillermo Rawson y Emilio R. Coni, plasma-

A fines de siglo XIX, la noción compartida de la estadística como fotografía o espejo de la sociedad la convertía también a los ojos de sus cultores en un instrumento capaz de detectar los problemas que acarrearba la modernización en la ciudad, como las consecuencias sociales de la masificación de los procesos de ocupación urbana.^[23] Entonces, Martínez se volcó a cuantificar los conventillos y casas de inquilinato como medida de la insalubridad de las condiciones de vivienda. Pero cuantificar era también una forma de dar entidad al problema, en este caso habitacional, constituirlo en objeto no solo de preocupación pública sino de ejercicio del gobierno.^[24] La medición estadística procuraba establecer principios de importancia relativa entre la variedad de problemas a atender por la administración municipal. La expresión numérica de su cuantía –en términos estáticos– o su evolución –ascendente o decreciente– buscaba erigirse como principio de evidencia de su gravedad social y política. Se trataba de instalar un criterio –que se pautaba como objetivo– sobre el cual establecer las urgencias de la política comunal.

LA MEDICIÓN ESTADÍSTICA: SINGULARIDADES Y RESISTENCIAS

Un rasgo destacable de la evolución de la práctica estadística a nivel municipal es que, en el proceso social y técnico de construcción de la ciudad como un espacio de medida común, esta actividad se vio entrelazada a los vaivenes propios de la definición físico-política de su territorio. La unifica-

■ das en las obras *Estadística vital de Buenos Aires* (1876) y en los *Boletines Demográficos de la Ciudad de Buenos Aires* de Coni. Pero, para Martínez, la gran ciudad que crecía a pasos agigantados con el auge del modelo agroexportador y el torrente inmigratorio necesitaba un recuento exhaustivo, dado que en esa época se consideraba una base más firme para conocer con precisión la cuantía y la composición de su población.

[23] Según Desrosières (2001), la idea de la estadística como fotografía o reflejo de la realidad se basa en una epistemología realista –ingenuamente realista en términos del sociólogo Pierre Bourdieu–, por la cual los fenómenos sociales podrían ser reflejados con precisión en caso de contar con los instrumentos apropiados y bien calibrados. Para profundizar, véase Desrosières (1996 y 2001).

[24] La Inspección General Municipal levantó un censo de casas de inquilinato y conventillos existentes en Buenos Aires en 1890, compilado por la DGEM, que en sus anuarios publicaba la cuantía de población residente en los conventillos y el cálculo de la densidad por pieza. Aquí se expresa el rol político que le atribuye Ternavasio al municipio, que si bien es un órgano dependiente del Estado, según su tesis se convierte en un espacio de control de la sociedad civil (Ternavasio, 1991: 50).

ción territorial y cognitiva de algún modo dialogaron. En el momento en que se levantaba el primer censo municipal de población –15 de septiembre de 1887–, el territorio de la capital argentina era redefinido. La traza que demarcaron los ingenieros Pablo Blot y Luis Sylveira integraba los municipios de Flores y Belgrano cedidos por la provincia de Buenos Aires. La nueva delimitación cuadruplicaba la superficie de la ciudad y ponía nuevas presiones tanto al recuento de sus habitantes como al catálogo de sus edificaciones, ya que implicaba la ampliación del mercado urbano. Cuarenta y cinco días después de iniciado el operativo censal, el Concejo Deliberante dispuso la inclusión de dichos partidos en el relevamiento. La comisión censal se vio obligada a responder rápidamente a esta demanda y a recoger con premura los datos en los barrios recién anexados.

Asimismo, el segundo censo de la ciudad de Buenos Aires –relevado entre el 11 y el 18 de septiembre de 1904– se realizó el mismo año en que se publicaba el plano oficial de la capital que incluía el trazado de una avenida de circunvalación –la General Paz– como nuevo límite artificial de la ciudad hacia el oeste, que completaba lo demarcado por el Riachuelo –al sur– y el Río de la Plata –al norte–. El lenguaje de los mapas y las estadísticas volvían a confluir en la empresa de consolidar al municipio como una unidad política y cognitiva. Sin embargo, durante años la inexistencia de límites inalterables en la división administrativa y la convivencia de distintas delimitaciones territoriales –según la policía, la ley electoral o el Consejo Nacional de Educación– habían jugado una mala pasada a los intereses estadísticos. En 1905, por ejemplo, Martínez se encontraba imposibilitado de conocer el aumento o la disminución de la proporción de analfabetos en distintos rincones de la ciudad, por haber seguido una definición del territorio –la división electoral– acorde al registro civil, pero no a los registros de la instrucción pública.

Por otra parte, el imperativo de ajustar la medición de los fenómenos sociales al modelo de medición de las ciencias naturales condujo a los estadísticos decimonónicos a equiparar los fenómenos sociales con objetos físicos, y darles así una existencia independiente del procedimiento utilizado para observarlos –lo que Desrosières (2001) definió como el imperio de una metrología realista–. Pero, si bien las estadísticas descriptivas tenían mucho en común con las mediciones de la naturaleza, al menos dos características las diferenciaban. En primer lugar, mientras que en las ciencias físicas la replicabilidad actúa como principio de autoridad de las mediciones, las mediciones sociales no son replicables. A falta de ello, el Estado actúa como fuente de autoridad: el carácter oficial de las estadísticas económicas y sociales resulta el medio equivalente de obtener legitimidad social.

La segunda de las características particulares de las estadísticas descriptivas supone consecuencias en términos del reconocimiento social de la validez de esas cifras. La preexistencia de categorías de clasificación y de formas de cuantificación en la sociedad, que es objeto de las mediciones —rasgo ausente en el mundo de la naturaleza—, abre tensiones y conflictos entre las concepciones de los sujetos medidos y las categorías oficiales; problemas que surgen del encuentro de dos sistemas diferentes de sopesar y medir: el del observador y el del observado. Por tanto, no es sorprendente que en el despliegue de las prácticas estadísticas de la repartición municipal se hicieran presentes resistencias al acto oficial de medir. Muchos de los recelos que manifestó la sociedad porteña de fines del siglo XIX y principios del XX tenían que ver con el imaginario del liberalismo decimonónico que establecía cierta definición legítima de la frontera entre el interés público y los asuntos privados. Una de las reacciones sociales que encontró la estadística municipal fue la desconfianza respecto de su finalidad: como retrató Antonio Galarce, miembro de la comisión primitiva del censo de 1887, los comerciantes temían que “le aument[ara]n los impuestos al solo solicitarle algunos informes” (1886: 522). En el imaginario social, el censo continuaba asociado a la extracción de recursos fiscales por parte del Estado —función que tuvo en la Antigüedad—, y se temía un aumento de gravámenes o sanciones monetarias. Algunos años después, los intereses cognoscitivos de la estadística municipal fueron considerados un “exceso de curiosidad”; algunos grupos sociales percibían que el censo era una intromisión del Estado en cuestiones privadas. A poco de realizarse el censo municipal de 1909, los comerciantes porteños manifestaron públicamente su desacuerdo con la cantidad de preguntas contenidas en el cuestionario. Entendían que sobrepasaban “los límites a que buenamente puede someterse un comerciante para entregar sus secretos al encasillado de la estadística” (*La Nación*, 1909: 9). Frente a indagatorias que consideraban abusivas, las garantías de reserva brindadas por la comisión censal no resultaron suficientes (Daniel y González Bollo, 2010). Otro acto de resistencia fue el directo ocultamiento o adulteración de los datos, reacción popular durante el censo escolar que también llevó al fracaso al censo industrial intentado infructuosamente entre 1908 y 1914.

La presencia de resquemores sociales y la búsqueda de caminos para vencerlos pueden entreverse en la posición de Martínez de procurar desvanecer el carácter oficial de las investigaciones que dirigió en 1904 y 1909, al darles relevancia a las comisiones populares. En el último de estos relevamientos, por ejemplo, Martínez organizó veinte comisiones —cada una con veinte o más miembros— que se correspondían con las circunscripciones

electorales de la capital. Él entendía que era “[...] más eficaz, para el propósito que se persigue, abandonar la ejecución [del] trabajo a la acción patriótica y desinteresada de las clases populares, secundadas por los elementos oficiales de cada localidad, que entregarla exclusivamente a estos” (República Argentina, 1910: ix).

Las comisiones que llevaban adelante las tareas de relevamiento estaban conformadas por “los más distinguidos vecinos de cada barrio”; algunos de ellos habían colaborado en investigaciones anteriores (República Argentina, 1910: viii). Como hemos señalado en otros trabajos, lo que Martínez buscaba era una mediación entre la burocracia estadística y su contraparte societal (Daniel y González Bollo, 2010). Su estrategia apuntaba, de algún modo, a ocultar o hacer menos visible la presencia del Estado que tantas objeciones suscitaba. Las personalidades distinguidas o notables involucradas brindaban su apoyo al relevamiento censal en tanto su participación les servía también a sus fines de acumular prestigio social.

Es curioso que Martínez complementaba la recolección de datos por medio de comisiones con una estrategia notablemente diferente en la etapa posterior de compilación: la oficina organizada para esta tarea en 1909 estaba compuesta exclusivamente por señoritas que habían demostrado experiencia en los censos agropecuario (1908) y de educación (1909). Se trataba de una clara división sexual del trabajo estadístico que perduraría en décadas posteriores.

LAS ESTADÍSTICAS Y LA METÁFORA ORGÁNICA DE LA CIUDAD

Si, al comienzo de su vocación estadística, Martínez se había mostrado interesado en diferenciar el comportamiento de los tres factores constitutivos del movimiento demográfico —la natalidad, la mortalidad y la nupcialidad— en los distintos barrios o parroquias de la capital, muy pronto, en su rol de jefe de la estadística porteña, esa inquietud quedaría supeditada a su interés por comparar Buenos Aires, como un todo, con las principales metrópolis del mundo moderno. Las comparaciones internacionales con las que iniciaba cada *Anuario Estadístico* —posiblemente en la búsqueda de los referentes del internacionalismo estadístico como sus principales interlocutores— eran discursivamente utilizadas para colocar a Buenos Aires en el concierto de las grandes urbes modernas y representar su posición “en la escala de la civilización” (Municipalidad de la Capital, 1896: xv). En muchos aspectos, las publicaciones mostraban a la capital argentina siguiendo de cerca a los “pueblos civilizados” o incluso liderando las listas de las metrópolis más poderosas.

Dicha comparación resulta significativa porque suponía tomar a la ciudad de manera global; es decir, asumirla como una totalidad homogénea, antes que establecer diferenciaciones en su interior. Se partía de concebir a la ciudad como un único organismo social y, por tanto, se la presentaba estadísticamente en esos términos. Cada una de sus partes constituía un órgano del sistema, cumplía una función para la vitalidad del cuerpo social, pero lo que le interesaba al estadístico era construir –y mostrar– los índices vitales de ese organismo en su conjunto; es decir, penetrar, como el médico, “con el escalpelo de las cifras el cuerpo social” (Martínez, 1889: 145).

La idea de la ciudad como organismo caló con fuerza en el discurso de Martínez.^[25] Como destacó Caride (2011), el uso de la metáfora orgánica para la ciudad de Buenos Aires estuvo ligado a la experiencia social de las pestes que la acecharon entre las décadas de 1860 y 1880.^[26] Pero, dadas las ventajas de la metáfora –su carácter didáctico y su capacidad de síntesis conceptual–, logró sobrevivir en años posteriores como modelo interpretativo de las características y los problemas que traía la modernización urbana. De la ciencia médica, la metáfora corpórea se desplazó hacia otras disciplinas, entre ellas la estadística, dado que el biologicismo aportó un lenguaje común a intelectuales provenientes de distintas profesiones y adscripciones ideológicas (Zimmermann, 1995). Estadísticos como Martínez alimentaron la analogía ciudad-cuerpo al adoptarla como propia en las lecturas interpretativas de los números oficiales, pero más que nada en la concepción de la ciudad subyacente a los modos de recopilación y organización de los datos. También desde el discurso estadístico se demandaba a los poderes públicos acciones “protectoras” de la salud del cuerpo social, mientras los boletines estadísticos cifraban los avances higiénicos de la gran capital, mediante la cuantificación de las acciones de las instituciones públicas creadas para tal fin –como la Dirección General de Asistencia Pública, la Oficina Química Municipal o el Dispensario de Salubridad–. Si en un primer momento la metáfora orgánica funcional instaló un principio organizador de la ciudad, la construcción analógica siguió resultando útil cuando ese cuerpo social se complejizó, creció y sumó funciones. Pasada la emergencia sanitaria, la metáfora corpórea continuaba como base

[25] Por ejemplo, Martínez aludía a la red de medios de locomoción, de cloacas o de provisión de agua como el sistema venoso y arterial de esa ciudad-cuerpo (Municipalidad de la Capital, 1894, xvii).

[26] Entonces la estadística municipal aportaba en sus boletines planos de la distribución topográfica de las principales enfermedades.

de discursos reformistas o de reorganización de la sociedad urbana frente a los nuevos desafíos que imponía la modernización.

El crecimiento de la población de Buenos Aires era considerado por Martínez uno de los principales índices de vitalidad del cuerpo social; este crecimiento se plasmaba en las publicaciones de la oficina municipal como un hecho extraordinario que se distinguía de las principales metrópolis modernas (Municipalidad de la Capital, 1894: xx). Martínez continuamente resaltaba la *performance* demográfica de la ciudad influenciada por el modelo del paradigma poblacional argentino (Otero, 2006), en el que la riqueza y la fortaleza de la nación quedaban directamente asociadas a su potencial demográfico. Entonces, el crecimiento demográfico de la capital, tomada como símbolo de la nación en su conjunto, resultaba sumamente importante.^[27]

Por otro lado, en la perspectiva de Martínez, la agregación estadística permitía revelar los ordenamientos y regularidades generalmente escondidos detrás de hechos en apariencia singulares, pero que quedaban de manifiesto en el plano de lo colectivo. En este sentido, el estadístico hacía un llamado de atención a “la constancia con que se producen dentro de un grupo social, ciertos movimientos resultantes de su vida” (Municipalidad de la Capital, 1896: xiv). Las regularidades observadas se presentaban como las propiedades intrínsecas de una entidad de orden diferente al individuo: el organismo social. De hecho, la constatación estadística de la recurrencia de los comportamientos era una forma de instituir la existencia de ese organismo social, de darlo por sentado, de establecerlo como realidad. En ese sentido, la estadística era propuesta como el lenguaje más apropiado para expresar ese universo social signado por la repetición y la constancia.

Desde este lugar, la ciudad era recreada como un objeto macrosocial radicalmente distinto de los individuos cuyos comportamientos se pensaban determinados por lo social. Así, por ejemplo, refería Martínez a los matrimonios: “Este fenómeno, al parecer inconsciente y libre, del organismo social, está sujeto también entre nosotros a todas las causas físicas, económicas o sociales que lo influyen en otras sociedades humanas, ya en un sentido favorable, ya en un sentido adverso” (Martínez, 1910, t. II: VIII).

Si situaciones de guerra, revoluciones, crisis o epidemias habían hecho declinar la nupcialidad en otras ciudades, los acontecimientos de la vida

[27] Al comentar los resultados del censo de 1904, él mismo señalaba: “el crecimiento de la población de Buenos Aires es tan rápido y de tal magnitud, que solo encuentra análogos en los vertiginosos incrementos de las ciudades norteamericanas” (Martínez, 1905: xxv).

política y económica de Buenos Aires debían afectarla también. “Esta que es una ley demográfica universal se encuentra comprobada también en Buenos Aires” (Martínez, 1910, t. II: IX). La crisis económica de 1890 –escenario de quiebras bancarias, derrumbes de sociedades anónimas, desvalorización de la moneda, etc.– le resultó útil para dicha comprobación (Municipalidad de la Capital, 1892). En la medida en que las leyes eran manifestación de tendencias de carácter universal, los estadísticos locales se esforzaron por demostrar su constatación en Buenos Aires y en el país. Ciudad y nación fueron una y otra vez colocadas como ejemplos paradigmáticos de la comprobación de leyes consagradas en círculos científicos europeos.

En sus lecturas interpretativas de los datos, la alusión constante de Martínez a leyes establecidas por investigaciones demográficas europeas expresa la recepción local de los saberes divulgados a través del internacionalismo estadístico del siglo XIX. La noción de ley se había convertido en la clave de lectura de los fenómenos sociales de una comunidad científica especializada de carácter transnacional.^[28] Los estadísticos locales no solo reconocieron a sus principales figuras, autoridades en materia estadística y demográfica –sobre todo franceses como Émile Levasseur, Jacques y Alphonse Bertillon, Lucien March o Emile Cheysson, aunque no únicamente–, sino que se mantenían actualizados de los avances en ese campo del saber. Martínez tenía acceso a investigaciones y novedades estadísticas a través del *Bulletin de l'Institut International de Statistique*, del *Journal de la Société Statistique* de París, o del *Journal of the Royal Statistical Society*, que recibía regularmente en su oficina.^[29] Sin embargo, el conocimiento de Martínez de las últimas resoluciones estadísticas internacionales no significó siempre una adopción lineal de esas definiciones; resulta más ajustado decir que hizo una apropiación selectiva, regida por el pragmatismo.^[30]

[28] Sobre el internacionalismo estadístico, véanse Brian (1999) o Brian y Gagnon (2000).

[29] Además, existe evidencia respecto del intercambio epistolar entre Martínez y Jacques Bertillon, cuando este último era director de la Estadística Municipal de París (Municipalidad de la Capital, 1896: LXI). Émile Levasseur escribió un prefacio a la obra de Martínez, firmada junto a Maurice Lewandowski, *L'Argentine au XX siècle* (1912).

[30] Por ejemplo, Martínez desestimó, en los censos locales de 1904 y 1909, el uso de la nomenclatura de profesiones aceptada por el Instituto Internacional de Estadística, porque sostenía que muchas de sus clasificaciones no tenían aplicación en la ciudad, y prefería priorizar la comparabilidad con el censo nacional de 1895 (Martínez, 1905: LXXXVII).

CIUDAD, MODERNIDAD Y ESTADÍSTICAS

Un rasgo singular del prisma interpretativo de Martínez fue su inclinación a ajustar las cifras al imperativo de expresar la modernidad –que consideraba– inexorable de la ciudad. Durante la segunda mitad del siglo XIX, el aluvión migratorio y el crecimiento vegetativo hicieron que el incremento poblacional de Buenos Aires fuera extraordinario. Cualquiera fueran los resultados de los índices demográficos, Martínez los presentaba en sus anuarios como evidencia de la modernidad irrefutable de la ciudad: tanto cuando la tasa de natalidad de Buenos Aires se estimaba entre las más altas de las ciudades del mundo, como cuando, con el cambio de siglo, comenzó a decaer el ritmo de la natalidad porteña. Esta vez, dado que según el jefe de la estadística municipal la caída de la natalidad había pasado a ser un fenómeno que afectaba a “todos los pueblos modernos civilizados”, la reversión de la tendencia no implicaba que la ciudad dejara de ser ámbito y expresión, por excelencia, de la modernidad (Martínez, 1910, t. II: VII).

El monitoreo estadístico regular de la vida social porteña hizo de la experiencia subjetiva de habitar la ciudad un fenómeno de orden colectivo. Podríamos decir que la estadística municipal tuvo pretensiones de seguir al habitante de la ciudad desde su nacimiento hasta su muerte: si se instruía o no, de qué se enfermaba, a qué edad se casaba o enviudaba, cuáles eran sus hábitos de consumo –de carne, agua, leche y pan–, sus operaciones mobiliarias o financieras, si sufría un accidente, hasta sus ocios –concurencias al teatro o a las carreras– y paseos. El retrato estadístico de la vida colectiva de la ciudad se componía de múltiples elementos e intercambios sociales que tenían lugar en ese espacio físico políticamente delimitado. Con su ampliación, las estadísticas generaron una imagen de la ciudad como una trama social cada vez más compleja, de múltiples facetas, que se transformaba material y socialmente con rapidez, alejándose de a poco de aquella concepción “doméstica” que la emparentaba a una empresa civil de vecinos (Landau, 2012).

La ciudad que la estadística recreaba era un espacio tanto de vida civil como económica. Martínez consideraba que las estadísticas económicas debían “atraer intensamente [la] atención” de observadores y estudiosos, para saber si ellas “[...] traducen un estado fisiológico perfecto, signo de una salud que ha alcanzado su mayor grado de robustez, o si, por el contrario, son la expresión de un estado patológico revelador de que una grave crisis amenaza al organismo social” (Municipalidad de la Capital, 1905: xx).

Cuando Martínez se hizo cargo de la DGEM, prevalecía entre la élite política una idea “naturalista” del municipio; la ciudad era concebida como la

suma de familias con intereses civiles comunes, dados por sus relaciones de vecindad y sus vínculos económicos. Según el sociólogo Matías Landau (2012), una de las manifestaciones de la concepción “doméstica” de la ciudad se encontraba anclada en el pensamiento fisiócrata. En ella la ciudad era reducida a un ámbito de interrelación de individuos movilizados por intereses esencialmente económicos, lo que hacía que la distinción entre propietarios y no propietarios se volviera social y políticamente relevante.^[31] Esta concepción se expresó en la estadística económica municipal que empezó a ocuparse fundamentalmente del movimiento de compra y venta de la propiedad privada en el territorio de la ciudad. Esas cifras eran presentadas por Martínez como indicadores del grado de progreso de sus habitantes. De este modo, procuraba asociar la idea de prosperidad social con el registro de la expansión de la propiedad privada en la capital. Asimismo, la relación construida en las tablas estadísticas entre la compra y venta de inmuebles y la nacionalidad de los propietarios contribuía a generar una imagen de bienestar entre los residentes extranjeros de la ciudad, que resultaba sumamente útil para la campaña de atracción de inmigrantes. A través de tablas y números, se intentaba mostrar las ventajas que la ciudad, en particular, y el país, en general, ofrecían al extranjero que habitaba estas tierras.

Cuando Martínez abrió el capítulo de las estadísticas económicas priorizó cifrar las transacciones comerciales y financieras —la bolsa, los bancos y las compañías de seguro—, por lo que se abocó a cierto circuito económico y dejó en un segundo plano el registro de las actividades y los recursos del ámbito de la producción. Fue mediante los censos que intentó contabilizar las casas de comercio, las fábricas y talleres existentes en la Capital Federal —como lo obligaba la ordenanza de 1889—. Esos fueron esfuerzos esporádicos. Es posible que entonces ese aspecto de la vida económica de la ciudad no mereciera, en la visión de Martínez, un registro estadístico continuo y regular. Pero también existían obstáculos a la recopilación de los datos —dadas las reticencias sociales de comerciantes e industriales— que no parecen haberse mantenido entre los financistas.

El retrato estadístico de la modernidad porteña no olvidaba la dimensión tecnológica de esa modernización, ni desatendía los esfuerzos que durante décadas hicieron las autoridades nacionales y municipales para poner en funcionamiento los servicios públicos propios de una ciudad moderna capaz de ofrecer cierto nivel de vida a sus habitantes —agua pota-

[31] Para profundizar en la concepción del municipalismo decimonónico, véanse Ternavasio (1991) y Landau (2012).

ble, alumbrado, limpieza pública, red cloacal, hospitales, mataderos—. Por el contrario, el *Anuario Estadístico* era una vidriera del accionar de las instituciones u oficinas municipales en sus diversos planos: sanitario, de seguridad, regulación de alimentos, asistencia social, etc. Incluso, los recursos financieros de la administración municipal, sus deudas y sus gastos, fueron objeto de monitoreo estadístico. La publicación de las finanzas municipales —con las posibilidades de control o al menos de evaluación por parte de la opinión pública que generaba— mostraba que el proyecto modernizador, además de la renovación de la ciudad, integraba un ímpetu racionalizador de la administración comunal.

Por otra parte, la recopilación de estadísticas sobre el movimiento de los medios de locomoción interna contribuyeron a simbolizar la modernidad irrevocable de Buenos Aires, como un cuerpo social interconectado que privilegiaba la movilidad de sus habitantes. Como señala el sociólogo Renato Ortiz (2000), el principio de circulación es un elemento estructurante de la ciudad moderna. La red de *tramways*, que a fines del siglo XIX en Buenos Aires todavía combinaba tracción a sangre y eléctrica, contribuyó, por un lado, a ampliar los márgenes de la ciudad en tanto promovió la diseminación de los habitantes en una zona más extensa y, por otro, intensificó la circulación en su interior, pues acortaba las distancias entre distintos puntos —y funciones— de la ciudad —el trabajo, el comercio, la vida doméstica, los espacios de recreación—. Martínez destacaba la cifra de la progresión de los pasajeros transportados como manifestación del proceso de modernización de la ciudad (Municipalidad de la Capital, 1899: xxvii). Pero los aspectos paradójicos de esa modernidad no quedaron afuera. Las estadísticas municipales registraron también las consecuencias de la intensificación de la circulación en la ciudad y la aceleración general de la vida social porteña a través del recuento de los choques y accidentes que aumentaban en relación directa con la velocidad de los medios de locomoción y con el mayor movimiento perceptible en Buenos Aires.

Sobre la tesis de que las ciudades modernas ejercían cierta atracción entre los habitantes del resto del país, Martínez se interesó en estimar el fenómeno de la transmigración interna, aun antes de que el censo de 1904 arrojará que solo una tercera parte de la población de la capital eran nativos de la ciudad. Este relevamiento dio cuenta de la expansión que estaba experimentando la ciudad y el cambio en su fisonomía. Los números relativos a la densidad de población por circunscripción —volcados en un mapa— permitieron visualizar que muchos espacios o barrios periféricos que hasta 1895 habían permanecido relativamente deshabitados se encontraban poblados casi diez años después.

Así, a través de los números, la imagen que construían las obras estadísticas a principios del siglo xx era la de una ciudad próspera y moderna. Desde el punto de vista de Martínez, las cifras recopiladas comprobaban “[...] la existencia de un pueblo que, así en su vida económica, cuanto en la demográfica y vital, atraviesa por un período de excepcional prosperidad, que es de esperar se consolidará y acrecentará, a medida que transcurra el tiempo” (Municipalidad de la Capital, 1904: LXXIII).

Sin embargo, las manifestaciones obreras, socialistas y anarquistas de principios de siglo ponían en escena las tensiones que acarreaaba esa “modernidad irrecusable” de una ciudad que se ampliaba e industrializaba (Gorelik, 1998: 179). La estadística —esa “antorcha que [desde 1887] ilumina[ba] los más oscuros problemas del organismo social”— se proponía como el instrumento racional y objetivo para sopesar las contradicciones propias de los procesos materiales y sociales de modernización (Martínez, 1889: 145). Como lo había hecho con las enfermedades infectocontagiosas o las habitaciones insalubres a fines del siglo xix, la estadística municipal contribuiría a dar visibilidad pública a aquello que estaba siendo reconocido por las élites políticas como la nueva cuestión social, con la pretensión de brindar elementos racionales para su superación.^[32]

A MODO DE CIERRE

A partir del censo de 1887 y gracias a una empresa continua de generación de estadísticas, el territorio de la ciudad quedó configurado como un espacio cognitivo común. Esos números que crearon para Buenos Aires un semblante radicalmente moderno fueron partícipes de la construcción de la realidad que intentaban describir.

Si bien la oficina de estadística formó parte de la complejización y burocratización de la administración municipal de las últimas décadas del siglo xix —y no podría separarse del proceso de consolidación de cuerpos técnicos estatales señalado por Gorelik (1998) para esta etapa—, el afianzamiento de una burocracia estadística tanto como el perfil de su producción recayeron fuertemente en la figura de su segundo director. Martínez dejó su sello

[32] Los números relativos a las huelgas, los accidentes laborales, así como otros aspectos del ámbito del trabajo —que la DGEM tomaba del Departamento Nacional del Trabajo recientemente creado— pasaron a ser una sección permanente del *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires*, que desplazó el tema de las habitaciones insalubres en el índice de dicha publicación.

en la estadística municipal, estableció oficialmente las convenciones técnicas necesarias para medir los fenómenos sociales y económicos que experimentaba la ciudad. En sus obras se amalgaman los distintos modos de entender la práctica estadística, mientras se dejan entrever los vínculos con ciertas ideas predominantes tanto en el medio social local como en los círculos científicos internacionales. Además, su trabajo contribuyó a colocar los comportamientos objetivados por la estadística como problemas públicos ante los referentes de la alta política —donde se dirimían “los ‘intereses generales’ propios del orden político y del Estado”—, a los que consideraba sus interlocutores (Ternavasio, 1991: 20).

Las reticencias manifestadas en esos años por empresarios, comerciantes o particulares a las operaciones estadísticas representan algunos de los obstáculos que tuvieron que ser sobrellevados para establecer los consensos sociales necesarios para el acto de medir. Más allá de ellos, en la etapa que analizamos no surgieron controversias técnicas en el interior de la comunidad estadística en torno a los criterios de qué y cómo medir. Las polémicas entre figuras de la estadística local emergieron públicamente recién en la década de 1920 y se circunscribieron, por ejemplo, al cálculo de la población total o a la estimación de la vida media en la ciudad, en el contexto de un bache censal que se prolongaba.^[33] Pero esa ya es otra etapa de esta historia.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, M. (1988), *The american census. A Social History*, New Haven, Yale University Press.
- Brian, E. (1999), “Del buen observador al estadístico del Estado: la mundialización de las cifras”, *Anuario IEHS*, N° 14, pp. 15-21.
- y M.-A. Gagnon (2000), “Les réseaux de l’internationalisme statistique (1885-1914)”, en Beaud, J.-P. y J.-G. Prévost, *L’ère du chiffre. Systèmes statistiques et traditions nationales*, Quebec, Presse de l’Université du Québec, pp. 189-220.
- Botana, N. (1983), “Conservadores, radicales, socialistas”, en Romero, J. L. y L. A. Romero (dirs.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, t. II, Buenos Aires, Abril, pp. 107-120.
- (1994), *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana.

[33] El cuarto censo de la Capital Federal fue realizado recién en 1936.

- Caride, H. (2011), “Cuerpo y ciudad. Una metáfora orgánica para Buenos Aires a fines del siglo XIX”, *Anales del IAA*, vol. 41, N° 1, pp. 37-52.
- Cullen, M. (1975), *The statistical movement in Early Victorian Britain*, Nueva York, The Harvester Press Limited.
- Curtis, B. (2000), *The politics of population. State formation, statistics and the census of Canada, 1840-1875*, Toronto, University of Toronto Press.
- Daniel, C. (2011a), “Contar para curar. Estadísticas y comunidad médica en Argentina (1880-1940)”, *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 18, N° 4, pp. 89-114.
- (2011b), “Medir la moral pública. La cuantificación policial del delito en Buenos Aires, 1880-1910”, *Estadística y Sociedad*, vol. 1, N° 1, pp. 149-165.
- (2011c), “L’objectivation des risques, le langage des certitudes. Les statistiques du travail en Argentine pendant le période 1930-1943”, *Sociologie et Sociétés*, vol. XLIII, N° 2, pp. 177-200.
- y H. González Bollo (2010), “Las estadísticas oficiales en la prensa escrita porteña (Argentina, 1890-1930)”, en Senra, N., *Estatísticas nas Américas. Por uma agenda de estudos históricos comparados*, Río de Janeiro, IBGE, pp. 179-203.
- De Luca, M., M. Jones y M. I. Tula (2004), “La ciudad de Buenos Aires. Política y gobierno en su último medio siglo”, *Mundo Urbano*, N° 7, noviembre. Disponible en <<http://www.mundourbano.unq.edu.ar/index.php/ano-2000/43-numero-7-noviembre/140-3-la-ciudad-de-buenos-airespolitica-y-gobierno-en-su-ultimo-medio-siglo>>.
- De Privitellio, L. (2003), *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- y L. A. Romero (2007), “Organizaciones de la sociedad civil, tradiciones cívicas y cultura política democrática: el caso de Buenos Aires, 1912-1976”, *Cuadernos de Ideas*, Santiago de Chile, Ediciones UCSH, pp. 7-63.
- Desrosières, A. (1996), *La política de los grandes números. Historia de la razón estadística*, Barcelona, Melusina.
- (2001), “How ‘real’ are statistics? Four possible attitudes”, *Social Research*, vol. 68, N° 2, pp. 339-355.
- Di Liscia, M. S. (2009), “Cifras y problemas: las estadísticas y la salud en los territorios nacionales (1880-1940)”, *Salud Colectiva*, vol. 2, N° 5, pp. 259-278.
- Estefane, J. (2004), “Un alto en el camino para saber cuántos somos. Los censos de población y la construcción de lealtades nacionales”, *Historia*, vol. 1, N° 37, pp. 33-59.

- González Bollo, H. (2004), “La cuestión obrera en números: la estadística socio-laboral y su impacto en la política y la sociedad, 1895-1943”, en Otero, H. (dir.), *El mosaico argentino. Modelos y representaciones del espacio y de la población, siglos XIX-XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 331-381.
- (2010), “Sobre la amenazante mayoría de dos provincias y una ciudad: los tres primeros censos demográficos y su impacto político en Argentina (1853-1920)”, *Estadística Española*, vol. 52, N° 174, pp. 311-331.
- (2014), *La fábrica de las cifras oficiales del Estado argentino (1869-1947)*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, col. Convergencia. Entre memoria y sociedad.
- Gorelik, A. (1998), *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, col. La ideología argentina.
- Hacking, I. (1991), *La domesticación del azar. La erosión del determinismo y el nacimiento de las ciencias del caos*, Barcelona, Gedisa.
- Hirsch, F. (1997), “The Soviet Union as a Work-in-Progress: Ethnographers and the category ‘nationality’ in the 1926, 1937 and 1939 censuses”, *Slavic Review*, vol. 56, N° 2, pp. 251-278.
- Lacey, M. y M. Furner (1993), *The State and Social Investigation in Britain and the United States*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Landau, M. (2012), “De la ciudad civil a la ciudad social: concepciones de gobierno en Buenos Aires (1880-1955)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en <<http://nuevomundo.revues.org/63230>>.
- Ortiz, R. (2000), “Espacio y tiempo”, en Ortiz, R., *Modernidad y espacio. Benjamín en París*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, pp. 15-94.
- Otero, H. (2006), *Estadística y nación. Una historia conceptual del pensamiento censal de la Argentina moderna, 1869-1914*, Buenos Aires, Prometeo.
- Patriarca, S. (1996), *Numbers and Nationhood: Writing Statistics in Nineteenth-Century Italy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Rieznik, M. (2009), “La organización espacio-temporal del territorio argentino a fines del siglo XIX”, ponencia presentada en las XII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Universidad Nacional del Comahue, 28-31 de octubre.
- Schor, P. (2009), *Compter et classer. Histoire des recensements américains*, París, Éditions de l'EHESS.
- Senra, N. (2006), *Historia de las estadísticas brasileiras*, Río de Janeiro, IBGE.
- Ternavasio, M. (1991), “Municipio y política, un vínculo histórico conflictivo”, tesis de maestría, Buenos Aires, Flacso. Disponible en <<http://historia-politica.com/datos/biblioteca/ternavasio.pdf>>.

- Tooze, A. (2001), *Statistics and the German State, 1900-1945. The making of modern economic knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Westergaard, H. (1932), *Contributions to the history of statistics*, Londres, P. S. King & Son, Ltd. Orchard House.
- Zimmermann, E. (1995), *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana.

Fuentes documentales

- Galarce, A. (1886), *Bosquejo de Buenos Aires, Capital de la Nación Argentina*, t. 1, Buenos Aires, s/e.
- García, F. (1888), “Estadística”, *Memoria de la Intendencia Municipal de la Capital de la República correspondiente al año 1887*, Buenos Aires, Imprenta La Universidad.
- La Nación* (1909), “El censo municipal”, 17 de octubre, p. 9.
- Latzina, F. (1916), “Demografía dinámica. Movimiento de la población en 1914, año del 3^{er} Censo Nacional, en República Argentina”, *Tercer Censo Nacional. Levantado el 1 de junio de 1914*, t. 4, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía.
- Martínez, A. (1889), “Estadística y registro de población”, *Memoria de la Intendencia Municipal de la Capital de la República correspondiente al año 1888*, Buenos Aires, Imprenta Sud-América.
- (1891a), “Estadística”, *Memoria de la Intendencia Municipal de la Ciudad de Buenos Aires correspondiente al año 1889*, t. 1, Buenos Aires, Imprenta Sud-América.
- (1891b), *La estadística en la República Argentina. Su pasado, su presente y mejoras de que es susceptible en el porvenir*, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco.
- (1894), “Oficina de Estadística”, *Memoria de la Intendencia 1890-1892*, Buenos Aires, Imprenta de la Lotería Nacional.
- (1895), “Estadística”, *Memoria presentada por el Intendente Municipal Doctor Federico Pinedo, correspondiente a los años 1893 y 1894*, Buenos Aires, s/e.
- (1905), “Estudio sobre los resultados del censo de población”, *Censo general de población, edificación, comercio e industrias de la Ciudad de Buenos Aires, levantado en los días 11 y 18 de septiembre de 1904*, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco.
- (1910), “Censo de población”, *Censo general de población, edificación, comercio e industrias de la Ciudad de Buenos Aires, levantado en los días 16*

- al 24 de octubre de 1909*, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco.
- (1916), “Consideraciones sobre los resultados del tercer censo nacional de población en República Argentina”, *Tercer Censo Nacional. Levantado el 1 de junio de 1914*, t. 1, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía., pp. 65-309.
- Municipalidad de la Capital, Dirección General de Estadística Municipal, “Introducción”, *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco. Correspondientes a los años 1891, 1892, 1893, 1894, 1895, 1896, 1899, 1904, 1905, 1914.
- República Argentina (1910), *Censo General de Educación, levantado el 23 de Mayo de 1909 durante la presidencia del Dr. José Figueroa Alcorta*, Buenos Aires, Talleres de Publicaciones de la Oficina Meteorológica Argentina.